

á quedar esclavos y aun á ser asesinados, ó por lo menos á ver destruir en poco tiempo el fruto de sus trabajos y sudores. Mientras vivió Valdivia, su condicion no era tan desgraciada como vino á ser despues, porque aquel general desplegaba una extraordinaria actividad, corriendo á todos los puntos amenazados, atravesando sin titubear los espantosos desiertos de Coquimbo, las nevadas montañas de Villarica, los rios, lagos y bosques, superando todos los obstáculos, y despreciando todos los peligros, cuando se trataba de socorrer á alguna de aquellas colonias. Su prevision se extendió hasta levantar muchos fuertes en Tucapel, en Arauco, en las orillas del Quillota, del Bio-Bio y del Valdivia.

No contento aun el adelantado con la posesion de tan extenso pais, quiso conquistar á mas las provincias situadas á la otra parte de los Andes, á saber, el Cuju y el Tucuman, cuya fertilidad y riquezas habia oido ponderar. Estas provincias, que pertenecen ahora á la confederacion del rio de la Plata, y han hecho por largo tiempo parte de Chile, bajo el nombre de *Chile oriental ó Trasmontano*, fueron conquistadas por un teniente de Valdivia, Francisco de Aguirre. Por este mismo tiempo envió á Gerónimo Alderete á España para remitir la plata perteneciente á la corona, del producto de las minas y tributos que pagaban los Chileños, juntamente con una parte del oro que le pertenecia, y del cual podian sacarse sumas considerables. Dotó ricamente aquel gobernador á sus oficiales y soldados, dividiendo entre ellos las provincias conquistadas, y confiéndoles el derecho de propiedad sobre los mismos habitantes. De este modo recibieron muchos el dominio sobre doce, quince ó veinte mil Indios; soberanía no solamente ilusoria, sino tambien peligrosa. Valdivia se reservó para sí un censo anual de cien mil pesos. Entretanto Alderete, que iba navegando hácia la metrópoli, debia hacer á la corte una pomposa descripcion de las riquezas de Chile, y pedir para Valdivia el título de marques

de Arauco. Queriendo este gefe ambicioso conocer por fin toda la extension de las tierras que la conquista le habia proporcionado, mandó equipar dos naves, cuyo mando confió á Francisco Ulloa, con órden de que navegara hasta el estrecho de Magallanes, y buscara el camino mas fácil para comunicar directamente con la Europa. Por este mismo tiempo crió Valdivia los tres oficiales generales que en los dominios españoles mandaban los reales ejércitos, á saber, el maestro de campo, el sargento mayor y el comisario.

La metrópoli recibió con entusiasmo la noticia del éxito feliz de la expedicion de Valdivia, y el rey, trasportado de alegría, mandó que la capital de Chile, Santiago, llevara de allí en adelante el título de *ciudad muy noble y muy leal*. Entretanto Valdivia instaló en Santiago, en la Concepcion, en Villa-Imperial y en la ciudad de su nombre, los frailes Dominicos, Franciscanos, Mercenarios, y otros regulares que habian ido allí con la confianza de obrar numerosas conversiones entre los indígenas de Chile. Sin embargo los Araucanos manifestaron grande repugnancia á abjurar la religion de sus padres, y concibieron un odio tan profundo contra aquellos religiosos, que no queriéndolos ni siquiera para esclavos, mataban á todos los que caian en sus manos. Ademas se establecieron en Santiago y en la Concepcion varias comunidades de monjas, pertenecientes á diferentes órdenes religiosas. Esta institucion, en un pais en que cada habitante era un enemigo, tuvo los mas funestos resultados; mas de una vez sirvió de pretexto á la guerra; los sagrados asilos fueron violados, y las desgraciadas y cándidas vírgenes, que se habian consagrado al Señor, fueron conducidas al interior del pais y condenadas á servir de concubinas á sus bárbaros raptos.

No tardó en levantarse una nueva ciudad cerca de las que debian su fundacion á Valdivia: esta fué Valparaiso, que en algun modo es el puerto de Santiago. Los comerciantes de la Concepcion costearon los primeros

trabajos, porque necesitaban almacenes y depósitos para los géneros que enviaban al Perú. En poco tiempo adquirió aquella ciudad una grande importancia, aunque nada justifica el título de Valle del Paraiso (Val-Paraiso) que dieron sus fundadores. Las montañas vecinas son desnudas y rojizas, y los vegetales de la llanura son achaparrados.

La fortuna de Valdivia habia llegado ya á su apogeo, cuando vino á poner término á su prosperidad un crimen que ni la razon de estado, ni la necesidad, ni la venganza, ni nada absolutamente puede de ningun modo justificar. Habiendo hecho anunciar una fiesta, que debia darse en una de las nuevas fortalezas, concedió permiso para asistir á ella á Ainavillo, general en gefe de los Araucanos, que habia solicitado aquel favor. Temiendo Valdivia que aquel Indio fuera allí en calidad de espía, creyó tener facultad para rechazar su demanda; pero habiéndola antes admitido, no debia violar á su antojo las sagradas leyes de la hospitalidad. Ofreció pues algunos refrescos á Ainavillo; éste los aceptó y murió envenenado (1). Apenas se divulgó entre los Indios la noticia de este suceso, les encendió hasta el mas alto punto en deseos de venganza. Al momento resuena un grito horrible desde el fondo de los valles hasta las cumbres de la cordillera, y los caciques de cada tribu se ponen inmediatamente en marcha, bajo las órdenes de sus caciques respectivos, hácia el pais de Tucapel, á donde les habia convocado el mas anciano de los gefes, el ulmena de Arauco. Despues de una grave deliberacion, precedida de sacrificios religiosos, el cacique de Palmeyquen, llamado Caupolican [*Caupolicano*], fué elegido generalísimo. Su ejército se componia de unos veinte y cuatro mil combatientes; las provincias de Arauco, de Puren y de Illicura habian reunido seis mil hombres cada una,

y las demas habian enviado cuerpos de tres á cinco mil (1). Empezó Caupolican sus operaciones dirigiéndose contra el fuerte de Arauco. Habiendo sorprendido un destacamento de ochenta Indios auxiliares que llevaban víveres á la guarnicion del fuerte, se sirvió de sus vestidos para disfrazar un número igual de guerreros araucanos, á los cuales mandó que se dirigiesen hácia el fuerte, se apoderasen de una de sus puertas, y la defendiesen hasta que él llegase. A pesar de esto, no pudo conseguir el objeto de su astucia, porque la artillería de los Españoles hizo tanto estrago en las filas enemigas, que Caupolican tuvo que retirarse colocándose fuera de tiro de cañon. Los sitiados hicieron algunas salidas, en las que perdieron mucha gente; y hallándose faltos de víveres y municiones, se decidieron á abandonar el fuerte y retirarse al de Puren, proyecto que ejecutaron felizmente, protegidos por las tinieblas de la noche. Habiéndose los Indios apoderado de Arauco, destruyeron esta ciudad, y se dirigieron inmediatamente hácia el fuerte de Tucapel, cuya guarnicion, compuesta de solos cuarenta hombres, se replegó igualmente sobre Puren. Cuando estaban concluyendo la destruccion de la plaza abandonada, llegó allí el capitán Diego Maldonado, enviado por Valdivia, con una escolta de seis hombres. Habiendo caido en poder de los vencedores, logró escaparse despues de haber perdido tres de los suyos.

La falta que habia cometido Valdivia diseminando sus fuerzas por diferentes puntos de la Araucania,

(1) Hemos dicho ya que la poblacion total de los Indios independientes asiende actualmente á 70,000 hombres á lo mas. La enumeracion del ejército de Caupolican, que hallamos en Ovalle, prueba hasta qué punto los Españoles diezmaron aquella poblacion.

No perdiendo de vista que en los pueblos guerreros, y especialmente en los paises en que no ha penetrado todavia la civilizacion, se engruesan los ejércitos con los hombres que se hallan en estado de tomar las armas, sean niños ó ancianos, se llegará al resultado de que, componiéndose el ejército de Caupolican de la quinta parte de la poblacion indigena poco mas ó menos, formaban los Chileños en aquel entonces una familia de 400,000 individuos.

(1) Ovalle, Herrera, Ercilla, &c. Molina no hace mencion de este suceso: lo omitió sin duda á causa de su parcialidad en favor de Valdivia.



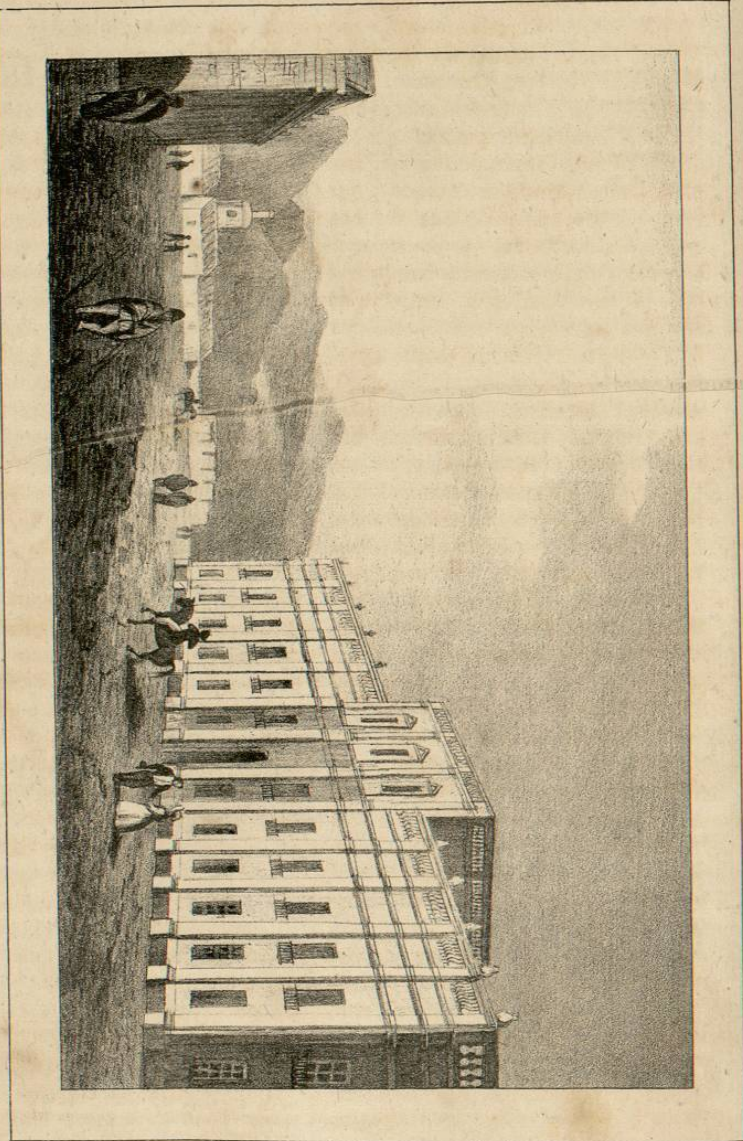
empezó entónces á producir sus efectos. Habiéndose reunido muchos miles de Indios cerca de las minas, bajo la direccion de unos cien Españoles y algunas veces no tantos, aprendieron á conocer mas á sus enemigos y á temerlos ménos. Aquellos soldados europeos, puestos en el campo de batalla, inspiraban un profundo terror á los indigenas, que ignoraban aun el arte de domar los caballos, y combatian á pié, mal armados y mal vestidos; mientras que los Españoles, cubiertos de hierro, armados con largas lanzas, fuertes espadas y armas de fuego, protegidos por la artillería y montados en caballos excelentes, tenian sobre ellos una ventaja inmensa, que no podia equilibrarse sino por una grande superioridad numérica. Pero no sucedia lo mismo cuando les veian de cerca: los Indios se sonrojaban de su timidez, si alguna vez encontraban un número pequeño de estos hombres de semblante pálido y de formas delicadas, compuestos, como ellos, de carne y hueso, vulnerables, expuestos á las enfermedades, al hambre y á la sed, y sujetos á la muerte como ellos mismos. "No son dioses, les repetian con frecuencia los ancianos; son hombres de la misma naturaleza que los Moluches, y no les son superiores ni en fuerza ni en corage." De este modo se iba propagando rápidamente la rebelion, cuando Valdivia marchó en persona á la provincia de Tucapel, y encontró al ejército de Caupolican atrincherado detras de las ruinas del fuerte, que habia caido en su poder. Diez hombres que el adelantado habia destacado para reconocer al enemigo, cayeron en una emboscada, y fueron muertos al momento, con su capitan Diego Doró.

Al amanecer del día siguiente, 2 de diciembre de 1553, salieron los Araucanos de sus atrincheramientos, y marcharon en buen orden con direccion al campamento enemigo. Los Araucanos contaban unos trece mil hombres, al paso que Valdivia tenia solamente doscientos Españoles y cinco mil Indios auxiliares,

pertenecientes la mayor parte á la nacion de los promaucos que habia permanecido fiel á la causa de los conquistadores. Caupolican habia ideado un orden de batalla, que sus Indios conservaron hasta el fin de la jornada. Repartió sus fuerzas en trece batallones de mil hombres cada uno, que marchaban uno tras de otro. De este modo el batallon que iba delante, entraba solo á combatir, y apenas los Españoles empezaban á tener sobre él una pequeña ventaja, los Indios se dispersaban de repente para irse á reorganizar á otra parte, presentándose en seguida un nuevo batallon de tropas descansadas, sin dar tiempo al enemigo para respirar. Roto que fuese aquel segundo batallon, abria sus filas y pasaba tambien á rehacerse á retaguardia del ejército. Por otra parte los Españoles combatian con un valor extraordinario, y la tierra en torno de ellos estaba sembrada de cadáveres enemigos. Despues de tres horas de una lucha encarnizada, habian puesto dos mil hombres fuera de combate: sus fuerzas empezaban ya á debilitarse, y tenian aun delante de sí once batallones de tropas de refresco. No obstante, á la voz de su gefe se reaniman los Españoles, y durante otras cuatro horas sostienen vigorosamente el choque de los Araucanos. Cinco batallones son puestos de nuevo fuera de combate; pero reorganizados inmediatamente, quedaba todavia una fuerza compacta de diez batallones enemigos. En el ejército español, los caballos jadeaban, los hombres caian de cansancio, y no sostenian el combate sino con la esperanza de prolongar su infeliz existencia. A la caída del día no podian ya resistirse mas las infatigables tropas de Valdivia, y sin embargo se le oponian aun ocho batallones dispuestos á venir á las manos. Da entonces la señal de retirada con direccion á un desfiladero, distante unas dos leguas del campo de batalla, cuando un jóven Promauco, llamado Lautaro, hijo de Pillan, auxiliar en el ejército español y paje al mismo tiempo del adelantado, abandona de repente la causa de Valdivia.



Casa de moneda en Santiago.



CHILE.

via y presentándose á los gefes araucanos les persuade á que se apoderen del desfiladero ántes que lleguen á él los enemigos. Adoptóse al instante este proyecto, y habiendo encargado su ejecucion al prófugo Lautaro, que hizo entónces prodigios de valor, causó la pérdida de los Españoles y de sus Indios auxiliares. Cubiertos estos de heridas y arrastrándose con mucha dificultad, llegaron los últimos, y envueltos por todas partes, fueron degollados todos, á excepcion de tres Promaucos que pudieron huir á una caverna, donde pasaron ocultos lo restante de la noche. Valdivia y un sacerdote español fueron los únicos que cayeron vivos en las manos de sus feroces enemigos, que sedientos de sangre, engreídos con la victoria y hambrientos de carne europea, cometieron con sus prisioneros las crueldades mas inauditas. Habiendo atado aquellos dos desgraciados á un árbol, cortaron un pedazo de carne, la que comieron los gefes despues de haberla tostado á la presencia de sus víctimas. Habiendo visto Valdivia la suerte de su compañero de infortunio, imploró la piedad de Caupolican, prometiéndole que si le concedia la vida, los Araucanos le tendrían en adelante por su mejor amigo. Movido entónces Lautaro de la mas viva compasion á vista del desastroso infortunio que estaba experimentando un hombre, de quien habia recibido los mas grandes favores, intercedió con Caupolican para la conservacion de su existencia. Este gefe, dotado de sentimientos generosos, estaba ya á punto de concederle la gracia, cuando un anciano, indignado al ver la perplejidad que manifestaba el general, cogió una maza y descargó con ella un furioso golpe sobre la cabeza de Valdivia, que cayó al momento sin sentido. A esta señal, los Araucanos precipitándose sobre aquel cuerpo exánime, le hacen sufrir mil ultrajes, sirviendo sus carnes para un horroroso banquete, y sus huesos para flautas y trompetas. Tal fué el desgraciado fin de aquel ilustre capitán, cuyo solo nombre inspira todavía

Chile

terror á los descendientes de aquella nacion que él combatió con un éxito tan feliz por espacio de trece años consecutivos. (1).

Al dia siguiente los vencedores celebraron el triunfo con danzas y juegos. Habiendo colgado de los árboles que les rodeaban las cabezas de sus enemigos, formaron de este modo trofeos y horribles guirnaldas para esta fiesta militar, á la cual concurrieron todas las naciones vecinas, para gozar de este espectáculo y contemplar los mutilados miembros de aquellos soldados que ántes habian juzgado invencibles. La orgía fué digna de la importancia de la victoria y de la ferocidad de aquel pueblo; no faltando en ella sino sacrificios humanos, y aun esto porque despues del combate lo habian pasado todo al filo de la espada; siendo esta la primera vez que se arrepintieron los Araucanos de no haber conservado algun enemigo, cuyo sacrificio hubiera completado estas fiestas execrables. (2).

CONTINUACION DE LA GUERRA EN EL PAIS DE LOS ARAUCANOS.—ESPECIFICACIONES INGLESAS (1554—1594). Pasados los primeros momentos de furor, se juntaron los Araucanos para deliberar acerca de lo que debian hacer á fin de no perder el fruto de la victoria. Caupolican y Lautaro se encargaron del mando: el primero tomó para sí el reducir los fuertes que poseian aun los Españoles, mientras que Lautaro, promovido al grado de teniente del toqui, marchaba á defender las fronteras.

Cuando llegó á Valdivia la noticia de la derrota del ejército español y de la muerte del adelantado, encontrábase allí Francisco de Villagran, que marchó al momento de esta ciu-

(1) Algunos escritores españoles han asegurado que los Indios le hicieron morir echándole oro derretido en el gaznate, y diciéndole: "Saciase del oro de que tan hambriento estabas;" pero esta asercion nos parece fabulosa.

(2) Herrera dice, que estos sucesos acaecieron en 1551; aunque los demas historiadores generalmente convienen en ponerlos en diciembre de 1553, cuya opinion preferimos.



dad con una escolta de treinta soldados, y se trasladó á la de la Concepcion, donde se le reunieron cien Españoles y un buen número de Indios auxiliares. Reinaba en la ciudad de la Concepcion una confusion extraordinaria, producida por la funesta noticia que habian traído los tres indios que se habian escapado de la matanza. Los habitantes de la Frontera y de Villarica, no creyéndose seguros, se habian refugiado á Imperial y á Valdivia.

Entretanto Lautaro habia llegado á la orilla del Bio-Bio, atrincherándose en un terreno elevado, cuya parte oriental estaba flanqueada por una espesa selva, y la occidental presentaba un grupo de rocas escarpadas y bañadas por el océano; previendo sin duda, que si los Españoles volvian á entrar en el territorio de la Araucania, lo verificarian por la orilla. No salieron frustradas las previsiones del jóven cacique, pues no tardó en descubrirse la vanguardia del ejército español, el cual acababa de derrotar á una partida de Araucanos que, despues de haberle opuesto una obstinada resistencia, se habia retirado á sus trincheras. Entónces se presentó Villagran, seguido de todas sus fuerzas, (23 abril de 1554) intentando abrirse paso. Lautaro lo recibió con una lluvia de flehas y de piedras, causándole una pérdida considerable, y apoderándose de la artillería; por cuya causa el general español dió al momento la señal de retirada; pero el terror se habia apoderado de tal modo de su ejército, que no pudo efectuarse este movimiento sin gran confusion y desórden, de que se supo aprovechar el enemigo. Lautaro hizo salir todo su ejército de los atrincheramientos, no dejando de perseguir y combatir á los Españoles, hasta que hubieron pasado el Bio-Bio. La pérdida de los Araucanos fué solo de setecientos hombres (1), al paso que entre Españoles y sus auxiliares quedaron unos tres mil en el campo, y Villagran fué tambien herido. Los restos

[1] Molina, lib. 1 y 3.

de este ejército volvieron á entrar precipitadamente en la Concepcion, la que abandonaron muy pronto, para trasladarse á Santiago, mientras que las mugeres, niños, y ancianos pasaban á Imperial por mar. Sin embargo el gobernador no se determinó á abandonar la Concepcion, hasta despues de haber reconocido la absoluta imposibilidad de defenderla. Lautaro, al frente de su ejército victorioso, tardó muy poco en llegar, el cual enfurecido al ver que se le escapaba su presa despues de haber incendiado la ciudad, destruido la fortaleza y asolado la campiña, condujo su ejército á la otra parte del Bio-Bio.

Restablecido Villagran de sus heridas, y reforzado su ejército con nuevas levas, volvió á entrar en la Araucania con el proyecto de libertar á Valdivia é Imperial que Caupolican tenia sitiadas. Entretanto se supo que el capitán Alderete, que se hallaba entónces en España, habia sido nombrado sucesor de Pedro de Valdivia, por disposicion testamentaria de este último, derecho que el virey del Perú habia concedido al anterior; y en el caso que Alderete no cumpliera todas las condiciones que le imponia el testador, el gobierno debia volverse á Francisco de Aguirre, el cual, segun hemos dicho ya, habia conquistado el Tucuman. Hallábase aun en esta provincia cuando se supo la muerte de Valdivia y su última voluntad; marchó pues precipitadamente á Santiago, donde, aprovechándose de la ausencia de Gerónimo Alderete, se hizo proclamar gobernador (1). No podia sin duda Villagran prever un acontecimiento semejante; porque habiendo combatido hasta entónces como un hombre que defiende su propiedad, ¿debia acaso imaginarse que uno de sus camaradas, oficial de fortuna como él, le arrebataria el fruto de sus trabajos y fatigas? Por otra parte, los magistrados de las ciudades chilenas le habian reconocido ya por el sucesor de Valdivia.

[1] Herrera, Molina, Ovalle, Quiroga y otros.

En este estado de cosas, los dos rivales sometieron sus contiendas á la Real Audiencia de Lima, prometiendo sujetarse á sus fallos. Entretanto Villagran, que de hecho tenia el mando, habiéndose procurado una suma de sesenta mil pesos, depositada por cuenta del rey en el tesoro de la Ciudad-Imperial, prosiguió las operaciones de la campaña, y mas feliz que en las anteriores, obligó á Caupolican á levantar el sitio de Imperial y de Valdivia.

Por este mismo tiempo afligió á los Araucanos el terrible azote de las viruelas, que les habian traído los Españoles. Esta calamidad, sorprendiendo á los indígenas en un año en que estaban experimentando el hambre mas espantosa, difundió de tal modo la desolacion entre ellos, que, segun dicen los historiadores españoles, los vivos no tuvieron otro recurso que alimentarse de la carne de los muertos.

Entretanto la Real Audiencia del Perú, tomando en consideracion las victorias que obtenia Villagran, le habia conferido, con el título de corregidor, el gobierno interino de la provincia hasta la llegada de Alderete, encargándole al mismo tiempo que reedificara la ciudad de la Concepcion, cuyos habitantes, con un socorro de diez mil pesos que la Audiencia les envió, habian determinado levantar de nuevo por sus propias manos la ciudad destruida; pero habiéndoles sorprendido en esto el infatigable Lautaro, hizo en ellos una horrorosa carnicería. Ni fué mas feliz Villagran; porque batido por el jóven cacique, tuvo que replegarse sobre Santiago, siguiéndole muy de cerca el vencedor, que le derrotó segunda vez. Sin embargo el gefe de los Araucanos, debilitado por sus mismas victorias, se volvió hácia el sur y repasó el Bio-Bio. A su vuelta, Villagran tomó la ofensiva, sitiando el campo en que se habia atrincherado el enemigo; y el intrépido Lautaro, que todo lo inspeccionaba por sí mismo, sucumbió por fin, herido de un flechazo que recibió estando en el terraplen en donde se habia presentado. Esta muerte

causó grande confusion entre los suyos, y Villagran aprovechándose de ella, pudo penetrar en el campo enemigo. Los indios hubieran podido salvarse, pero prefirieron morir al rededor del cuerpo de su difunto general, que abandonarle con la fuga. Apenas supo Caupolican esta triste noticia, cuando se puso en marcha para defender las fronteras del norte.

En este mismo tiempo se supo que Gerónimo Alderete, cuya llegada se esperaba con tanta impaciencia, habia muerto en una de las islas del golfo de Panamá (1). Entónces se suscitó de nuevo la rivalidad entre Aguirre y Villagran, pretendiendo cada uno hacer valer sus derechos á la sucesion de Valdivia; pero viendo D. Hurtado de Mendoza que estas contestaciones podian perjudicar los negocios públicos, les mandó que inmediatamente pasasen los dos cerca de él, nombrando para reemplazarles á su propio hijo D. García. Embarcóse pues el nuevo gobernador con doscientos cincuenta hombres de infantería, que distribuyó entre cuatro navios, mientras que la caballería se dirigia por el desierto de Atacama. D. Alonso de Ercilla, á quien debemos un poema sobre la Araucania, ilustrado con muchas notas bastante útiles á la historia, acompañaba tambien á esta expedicion, que llegó á la bahía de la Concepcion por el mes de abril de 1557. D. García de Mendoza estuvo muchos meses en la isla de Quirina, aguardando la caballería, cuyo tiempo empleó parlamentando con Caupolican para atraerle á pedir la paz; pero el astuto toqui fingia dar oídos á estas proposiciones, tan solo para ganar tiempo, y prepararse mejor para la guerra. Desembarcaron por fin los Españoles en el mes de octubre de aquel mismo año, y empezaron á levantar un fuerte en el mon-

(1) Habiendo alcanzado Alderete de Felipe II la confirmacion del testamento de Valdivia, se embarcó con 600 soldados para trasportarlos á Chile. Llegado que hubo á Puerto-Bello de Panamá, pegóse fuego al navio en que iba, y solo él con tres soldados pudieron salvarse, aunque Alderete quedó herido, de cuyas resultas murió poco tiempo despues. (Molina, lib. 3, cap. 4.)



te Pinto. En vano quisieron los Araucanos oponerse á la ejecucion de este proyecto; batidos por la artillería, fueron rechazados con pérdida de doscientos hombres, cuya derrota obligó á Caupolicán á retirarse. Este gefe atrincheró su ejército en las orillas del Bio-Bio, donde pronto compareció García para combatirle. El combate fué largo y sangriento, y permaneció indecisa la victoria, hasta que las cargas de la caballería española la decidieron por Mendoza. Quedaron cuatro mil Araucanos en el campo de batalla, y ochocientos hombres cayeron prisioneros. Como los Españoles son los únicos historiadores que nos cuentan estos sucesos, no señalan la pérdida de su ejército, que debió ser considerable. Los prisioneros fueron tratados con la mas inhumana crueldad; pero ni un instante se desmintió el indomable coraje de aquellos fieros indios, que no se humillaron jamas á pedir ninguna gracia, ni despidieron el mas mínimo suspiro. Mutilados y desgarrados, alzaban aun sus brazos sangrientos para pedir venganza al cielo y á sus compatriotas; y cuando los soldados españoles, cansados de estas horribles ejecuciones, cesaron ya de atormentar á aquellos hombres indefensos, distribuyeron una cuerda á cada uno, con la cual pudiesen aquellos desventurados servir de verdugos á sí mismos. Vióse entonces un espectáculo digno de eterna compasion: escogia cada víctima un árbol, y ella misma se colgaba de él sin titubear, considerándose feliz en no perecer á manos de tan bárbaros enemigos. Uno de los prisioneros, llamado Galbarino, fué puesto en libertad despues de haberle cortado las manos. Este desgraciado recorrió toda la Araucanía, mostrando, de poblado en poblado, sus cortados miembros que todavía chorreaban sangre, y exhortando á sus compañeros á la venganza.

La fortuna habia abandonado decididamente á los Araucanos, y en vano su bravo gefe tentó otras dos veces la suerte de las armas. Batido en ambos encuentros, tuvo que

ocultarse para no caer en poder de los vencedores. Siguiendo Mendoza el curso feliz de sus victorias, acabó de someter el pais que la rebelion habia arrebatado á su predecesor. Reparó en 1558 las ruinas de la Concepcion, marchando en seguida contra los Cunchos, quienes al saber esta resolucio, enviaron á Mendoza nueve diputados cubiertos de andrajos, ofreciéndole al mismo tiempo una cesta llena de frutas silvestres y algunos lagartos asados: "Estas son, le dijeron al presentárselo, las mas preciosas producciones de nuestro pais." Fuese pues aquel presente hecho con candor, ó no fuese mas que el resultado de la astucia para que se desdénase el vencedor de entrar en un pais tan pobre, retrocedió por entonces Mendoza (1). Pasando despues á la provincia de Tucapel, fundó una ciudad en el mismo lugar en que pereció Valdivia, á la cual dió el nombre de Cañete, el mismo de la familia del adelantado, para honrar su memoria. A fines de aquel mismo año, despues de haber extendido sus investigaciones hácia el sur, hasta las extremidades del continente chileno, descubrió la isla de Chiloe y el archipiélago de Ancud. El poeta Ercilla pasó el golfo, abordando en la isla principal, en donde grabó en un árbol su nombre y la época del descubrimiento, (21 de enero de 1559). A la vuelta de esta expedicion, se dirigió D. García de Mendoza al pais de los Hullicos, en el cual fundó la ciudad de Osorno, á los 40 grados 20' de latitud, á quince leguas de Valdivia. En esta ocasion el gobernador de Cañete, Alonso Reynoso, descubrió el lugar en que estaba escondido Caupolicán; enviando desde luego un destacamento de caballería que se apoderase de aquel gefe y lo condujese á Cañete, donde le condenó Reynoso á ser empalado. El deseo de conservar la vida obligó al toqui prisionero á fingir que queria convertirse al cristianismo; dejóse bautizar en efecto; pero al ver Caupolicán que á pesar de esto le

[1] Los Españoles atribuyen la invencion de este ardid á un Araucano refugiado, llamado Tunconobal.

conducian al suplicio, no pudiendo contener su indignacion á la vista del instrumento de su tortura y del negro que debia servirle de verdugo, derribóle de un puntapié y exclamó: ¡No hay acaso una espada y otra mano mas digna, para matar á un hombre de mi rango? No es esto justicia, sino una venganza detestable (1)

Despues de la muerte de este gefe, los Araucanos eligieron á su hijo primogénito para reemplazarle; el cual por unánime dictámen de los ancianos, fué nombrado generalísimo de todos los ejércitos de la confederacion de los Moluches, de los Puelcos, Cunchos y demas tribus. Continuóse la guerra por muchos meses, alternando los reveses y la victoria entre ambos partidos, hasta que el 19 de setiembre de 1559 se dió en Quiepo una batalla decisiva, en la cual fueron tan completamente batidos los Araucanos, que dejaron dos mil hombres en el campo de batalla, y entre ellos los gefes principales, como Tucapel, Ongolo, Lincoyau, Mariantu, y muchos otros. El jóven Caupolicán, viéndose perseguido de cerca por la caballería española, prefirió darse la muerte ántes que caer en poder de los enemigos.

Despues de esta victoria, pudo por fin Mendoza descansar de sus fatigas y cuidar de los demas intereses. Desde el mes de julio, habia ya despachado del puerto de la Concepcion dos navios bajo las órdenes de Ladrillero, con el objeto de explorar las costas de la Patagonia. Entretanto mandó empezar los trabajos de la explotacion de minas; reparó las fortificaciones de Arauco, de los Infantes y de Villarica, y envió á D. Pedro Castillo al frente de una division de su ejército para acabar la conquista de las provincias de Cujo y de Tucuman. Castillo sometió á los indigenas y fundó dos ciudades: San Juan de la frontera, y Mendoza (2), y el Tucuman fué reunido al

[1] Ovalle, lib. V; Molina, lib. III; Ercilla, cap. XXXIV.

[2] San Juan está situada á 30 leguas al norte de Mendoza. Esta última ciudad está á los 32° 52' en la parte oriental de la Cordillera, en una llanura fertilizada por un rio del mismo

vireinato del Perú por determinacion de la corte de España.

Tantos trabajos y tantas victorias le merecian á Mendoza una brillante recompensa. En efecto, su magestad le nombró virey del Perú en reemplazo de su padre, y escogió á Francisco de Villagran con preferencia á su competidor Aguirre, para sucederle en el gobierno de Chile. Los Araucanos habian elegido por su nuevo general á un cacique llamado *Antiguenu*, cuya fuerza y bravura le habian ya hecho formidable á sus enemigos. El nuevo gefe convocó en las huertas de Lumaco los restos de su nacion, donde no tardó en venir Villagran para provocarle al combate. En el primer encuentro quedó vencido el general de los Araucanos, desquitándose en Mariguena, donde hizo una gran mortandad de españoles, entre los cuales murió el mismo hijo de Villagran que los capitaneaba. De allí marchó sobre Cañete, donde entró sin resistencia alguna, por hallarse abandonada de los habitantes, que se habian refugiado unos á Imperial, y otros á la Concepcion, y la arrasó hasta los cimientos. Abatido Villagran con tantos infortunios, sucumbió al dolor inmenso que experimentaba como padre y como general (1563). Antes de morir designó á Pedro, su hijo primogénito, para sucederle. Este jóven general combatió á los Araucanos con buen éxito por el tiempo de dos años, pereciendo *Antiguenu* en una de estas acciones sobre las orillas del Bio-Bio. Los historiadores españoles no han manifestado el motivo por qué la real Audiencia de Lima mandó arrestar al hijo de Villagran y héchole conducir al Perú. En tiempo de su administracion fué cuando el Papa Pio IV erigió en obispados las ciudades de la Concepcion é Imperial, del mismo modo que lo habia sido ya Santiago en 1561. Cuando ascendió al poder, se descubrió el grupo de Juan Fernandez, debido á un Castellano de este nombre que pasaba del Perú á Valdivia.

No fué mas feliz el sucesor de Villagran. Ambas ciudades pertenecen á la confederacion de Buenos-Aires.



llagan Don Rodrigo de Quiroga, pues apenas había un año que estaba encargado de la administración, cuando le nombraron por sucesor á Ruiz Gamboa, que volvía de una expedición á las islas de Chiloe, en donde había fundado las ciudades de Castro y de Chacao (1566). Por aquí se ve que no había establecidas reglas fijas para el nombramiento de los gobernadores de Chile. Al principio se lo reservaba el rey exclusivamente; con el tiempo el virrey del Perú usó de esta prerrogativa como de un derecho que se le había devuelto. La Real Audiencia de Lima pretendía que, en atención á la larga distancia de la metrópoli y á la importancia de proveer prontamente á las necesidades de una provincia cuya conquista no estaba todavía consolidada, á ella sola le pertenecía dicho nombramiento; sin embargo la autorización que se confirió á los gobernadores elegidos por la Real Audiencia para nombrarse ellos mismos sucesores, introdujo un nuevo germen de discordias; y aun parecía que querían apropiarse la venalidad de aquel cargo. Sea como fuere, Felipe II, movido de las ventajas que resultaban de la posesión de Chile, nombró allí una Real Audiencia independiente de la del Perú (1). La primera orden que dió este tribunal, fué revocar el nombramiento de Rodríguez de Quiroga, para sustituirle Ruiz de Gamboa, al cual reemplazó igualmente al año siguiente con Melchor de Bravo; siendo el único motivo, ó mas bien, el único pretexto de la Audiencia para nombrarle un sucesor, el no haber podido sujetar enteramente á los Araucanos, no obstante que había alcanzado sobre ellos señaladas victorias. Sin embargo, habiendo llegado de la metrópoli en 1575, con plenos poderes, un inspector español llamado Calderon, suprimió la

[1] Efectuóse el establecimiento de la Audiencia de Chile el 15 de agosto de 1567. Componíase dicha Audiencia de un consejo de cuatro miembros ó jueces y un fiscal, la cual estaba encargada de la administración pública y militar de la provincia. La Concepción fué la primera residencia de este tribunal que en 1574 fué trasladado á Santiago.

Audiencia de Chile y restableció á Quiroga en sus funciones de gobernador. Melchor Bravo no correspondió á las esperanzas del tribunal que lo había elevado al poder; de suerte que en una sola batalla que dió á los Araucanos, quedó tan completamente batido, que él mismo creyó debía hacerse justicia, haciendo dimisión y reintegrando á Gamboa en sus funciones. Depuesto éste á su vuelta, por orden del inspector Calderon, según hemos dicho, retiróse á lo ménos con honor después de haber hecho incesantemente á los Araucanos una guerra encarnizada, y casi siempre con éxito feliz, derrotándoles especialmente en Cañete en 1569, cerca del Bio-Bio y en Villarica en 1574; contándose entre los gefes que venció un mestizo llamado Alonso Diaz, que los Araucanos apellidaban Payne-nancu, al cual elevaron ellos á la dignidad de toqui, con la esperanza de atraer á su partido la raza entonces ya muy numerosa de los mestizos, nacida de Españoles con Chilenas.

Cinco años conservó Quiroga el mando, y murió en 1580, después de haber fundado una ciudad en las orillas del rio Chillan; siendo por este mismo tiempo reintegrado Gamboa en el gobierno de Chile, que retuvo durante tres años, ocupado siempre en hacer la guerra á los Araucanos y los Pehuencos (1).

En 1583 fué nombrado gobernador de Chile Alonso Sotomayor, marques de Villa-Hermosa. Empezó la guerra con tanto empeño, que hizo experimentar á los Araucanos sangrientas derrotas: confirmó sin embargo de tal modo la reputación de ferocidad que se habían adquirido sus predecesores, que durante los nueve años de su administración fueron empalados ó ahorcados todos los prisioneros que cayeron en sus manos; triste efecto de este sistema

[1] Ya hemos hablado de los Pehuencos, tribu belicosa de la familia Chilena. Los Pehuencos, ménos adelantados que los Araucanos en la senda de la civilización, viven bajo tiendas, las que trasladan á menudo de un lugar á otro. Consiste su principal industria en criar ganados.

de severidad del cual esperaban los Españoles un resultado que la experiencia siempre ha desmentido.

Estaba entonces la España en guerra contra la Inglaterra. El almirante inglés Francisco Drake, encargado por la reina Isabel de un viage de circun-navegación, habiéndose detenido en la isla de la Mocha el 25 de noviembre de 1578, mantuvo relaciones con los Indios, que le proporcionaron llevar á efecto una empresa contra Valparaiso, á donde marchó tan aceleradamente, que apenas tuvieron los habitantes tiempo para salvarse. Saquearon los Ingleses la ciudad sin respetar las iglesias; y aunque es verdad que Isabel indemnizó á las víctimas de estas depredaciones, con todo Felipe II guardó para sí aquel dinero. Instruidos los Españoles por esta triste experiencia, pusieron tal cuidado en defender las costas, que cuando en 1586 se presentó en las cercanías de Valdivia sir Tomas Cavendish con una división de tres navíos, rechazaron vigorosamente á todos los que quisieron intentar el desembarco, matando á muchos de ellos.

Habiéndose retirado á los Andes un gefe indio llamado Quipotan, formó allí un cuerpo de ejército bastante numeroso; mas habiendo bajado á la llanura para buscar á su muger Janequeo, fué sorprendido y envuelto por los Españoles, y se suicidó para escapar á los suplicios de la tortura. Janequeo juró vengar la muerte de su marido, y lo cumplió. Puesta á la cabeza de una división de Puelcos, se apoderó de la fortaleza de Puchanqui, matando ella misma al gobernador Aranda: derrotó además al hermano de Sotomayor, enviado contra ella, y se estableció en los alrededores de Villarica, inquietando por largo tiempo al partido español. Vencida finalmente después de una larga resistencia, escapóse con precipitación, dejando á su hermano en poder de los vencedores, el cual pudo salvar su vida prometiéndole que Janequeo y su gente depondrían las armas; cuya proposición, luego que se supo en la asamblea de los Puelcos, indignado

un gefe de semejante ignominia, le descargó un golpe mortal.

Por esta época habían ya variado mucho las costumbres de los indígenas de Chile. Los animales traídos por los Europeos que se escaparon de su poder, se habían multiplicado prodigiosamente. Los Araucanos combatían á caballo, y poseían ya rebaños de bueyes y carneros. Vióse delante de la fortaleza de Puren á un gefe indio, el intrépido Cadeguala, cargar sobre las tropas del gobernador Sotomayor, al frente de ciento cincuenta lanceros, y rechazarlos á bastante distancia de la plaza. Este mismo Cadeguala, montado en un soberbio caballo, que había pertenecido al gobernador, se acercó á las fortificaciones de Puren, y retó al comandante á combate singular. García Ramon, á quien iba dirigido el desafío, aceptóle sin titubear, y habiendo salido de la plaza, venció al atrevido Indio, traspasándole el cuerpo con la lanza.

Sotomayor continuó con buen suceso esta guerra de exterminio hasta el año de 1592, en cuya época cayó en una emboscada que le había preparado el toqui Paillaeco, experimentando tan considerable pérdida, que tuvo que marcharse inmediatamente al Perú para solicitar refuerzos. Mas apenas hubo llegado á Lima, cuando supo que le habían depuesto del gobierno de Chile, poniendo en su lugar á D. Martín García Onez de Loyola, sobrino del famoso Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus. Nombróle la real audiencia gobernador de Chile, en recompensa del importante servicio que había prestado, contribuyendo poderosamente al arresto del último Inca del Perú, Tupac-Amaru.

Pareció apaciguarse la guerra después del nombramiento de Loyola, ocupándose cada partido en reparar sus pérdidas y en prepararse para otra nueva lucha.

CONTINUACION DE LOS SUCEOS DE LA GUERRA.—ESPEDICIONES HOLLANDESAS (1594—1640). El nuevo gobernador no empezó la campaña hasta 1594. Fundó una ciudad junto al